Angeles del Seminario

OBRA PONTIFICIA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Año V - Núm. 25 | Barcelona | Enero 1944

LA CASA MAS FELIZ

¿Queréis venir conmigo, Angeles? Vamos a ver la casa más feliz, la familia más dichosa. Es una casita blanca y alegre del florido pueblecito de Nazaret. Es una familia que admira a los ángeles y complace a Dios... Ya lo habéis adivinado; sí, es la familia del Niño Jesús, "*la Sagrada Familia*".

Jesús, María y José. ¡Cuánto se quieren! Trabaja San José afanoso para ganar el sustento de María y de Jesús y, pensando en ellos, sonríe, sin fijarse en que el sudor baña su frente y el cansancio fatiga su cuerpo...

La Virgen María prepara cuidadosa la casita para que no falte nada a nadie; amasa el pan, barre, lava, cose, hila.

Y Jesús ¿qué hará? Pues lo que hacen todos los niños de su edad; obedece, ayuda a su Madre, a San José.

Se reúnen todos cuando llega la hora del descanso, y rezan juntos y comen en paz y hablan de cosas del cielo. ¡Quién les oyera!...

Juntos van al templo a orar y a esparcirse luego gozando de las bellezas que Dios ha puesto en el campo.

Son pobres, sí; a veces sufren, pero saben que Dios los quiere así y cada vez le aman más. Y siempre son felices.

Así deben ser las familias cristianas; familias en donde se reza y se trabaja, se obedece y se sacrifica, se ama a Dios; familias donde crecen las mejores flores: los niños que serán un día sacerdotes del Señor.

Ya que hemos estado hoy tan cerquita de la Sagrada Familia, antes de separarnos vamos a pedirle dos cosas:

Que en nuestras casas imitemos todos, padres e hijos, los ejemplos de Jesús, de María y del José.

Y que el Señor nos conceda la mayor

Manolín

¡Pobre Manolín!... Cansadito de sufrir hambre y frío quiso escribir una carta al Niño Jesús contándole sus penas... En efecto, cogió papel y pluma e hizo unos garabatos... ¡Qué pena no saber escribir! Para colmo derramó el tintero sobre la cuartilla de papel. ¿Qué hacer?... Entonces se le ocurrió ir a casa del vecino, tío Simón, que era el que siempre escribía las cartas a su madre. Y allá fué. El tío Simón, que le quería mucho, quiso complacerle. Se caló las gafas, mojó la pluma y escribió: Sr. D....

—¡Niño Jesús!... —completó Manolín—. Dígale que mi mamá está dormida desde ayer tarde, y que El la despierte, que yo no puedo, para que me dé de comer y me termine el bonete de papel que necesito para decir misa mañana temprano...

El tío Simón adivinó la triste situación del niño, y para distraer la conversación le interrogaba: —¡Ah! ¿Pero tú dices misa? — Sí, señor; y he bautizado la muñeca de mi prima... Pero ahora, mi mamá no despierta...

—¿Qué hiciste para despertarla?

— Como siempre, darle un abrazo... ¡Pobrecita! Estaba helada, y no contesta...

Simón no pudo más. Acariciando al niño con ternura, le dijo:

— Niñito, tu carta ya está contestada. El Niño Jesús ha visto tus deseos; llévame a tu casa...

El niño quedó sin madre, pero el buen tío Simón lo adoptó por hijo.

* * *

Años más tarde, el tío Simón vió premiada su buena obra con la mayor bendición que Dios concede a un hogar cristiano... Manolín ingresó en el Seminario, siendo ejemplar en todo, y llenando de consuelos la vida y vejez de su protector.

---

bendición a que puede aspirar una familia cristiana: ¡tener un sacerdote!

Confesión milagrosa

Os voy a contar un milagro que ocurrió en la vida de San Juan Bosco.

En el Oratorio de Turín había un jovencito de quince años llamado Carlos, que se puso de pronto muy enfermo; a punto de morir, fueron a buscar a D. Bosco, pues el niño le llamaba para confesarse con él. Pero Dom Bosco estaba lejos de Turín, y Carlitos, llamándole, moría.

Al día siguiente, en cuanto llegó, fué de prisa D. Bosco a ver al enfermo, pero ya llorando le anunciaron su muerte.

— No importa, vamos allá — dijo el Santo; y al momento fué llevado a la habitación donde estaba el cadáver ya amortajado.

Dom Bosco se acercó, rezó fervorosamente, hizo salir a todos y entonces llamó al niño:

—¡Carlos, Carlos, levántate!

A su voz, el muerto se mueve, abre los ojos, mira a su alrededor y exclama:

— Ah, Dom Bosco, es usted; ¡cuánto le necesito!

— Pues dime lo que quieres.

—¡Ay, Padre! Yo tendría que estar ya en el infierno. La última vez que me confesé, callé un pecado mortal por vergüenza... Ahora he tenido un sueño horrible; me parecía estar al borde del infierno y que los demonios me empujaban a él, cuando oí su voz me desperté. ¡Quiero confesarme!

Y con el mayor arrepentimiento comenzó su confesión. Apenas hubo terminado, a una señal de D. Bosco entró la madre con todos los de casa, y Carlos, volviéndose a ellos, gritó:

—¡D. Bosco me ha salvado! ¡Me había confesado mal; Dom Bosco me ha salvado del infierno!

Así estuvo un tiempo hablando con todos. Por fin, Dom Bosco le preguntó:

— Ahora el cielo está abierto para ti... ¿Quieres ir allá o quedarte aquí, con nosotros?...

Carlos respondió, resuelto y alegre:

—¡Quiero ir al cielo. Vámonos al cielo!

Y dejándose caer sobre la almohada, inmóvil, se durmió en el Señor.

* * *

Lo que hizo Dom Bosco con Carlitos lo hace a cada paso el sacerdote con nuestras almas. Al quitar los pecados con el Sacramento de la Penitencia, abre de par en par las puertas del cielo, antes cerradas. ¡Cuán agradecidos debemos estarle!

(Con censura eclesiástica) — Secretariado de J. F. de A. C. - Rbla. Cataluña, 32. Barcelona. — 27610 - Altés